

EL MAGISTERIO CALLADO DE UN QUIJOTE SANTIAGUERO

Rafael Carralero

Que Santiago de Cuba es una ciudad mágica se repite cada vez entre los santiagueros, entre los que tuvimos alguna vez la suerte de habitarla y por quienes la han visitado con frecuencia. Me lo han dicho centenares de mexicanos o de otras partes del continente que han viajado conmigo durante un cuarto de siglo para participar en el Festival del Caribe, Fiesta del Fuego. No sé si es apropiado el término, pero no he encontrado uno mejor para definir los misterios de una ciudad donde puede ocurrir cualquier cosa, cualquier día y a cualquier hora. No es fácil encontrar el calificativo perfecto para una ciudad donde las personas se mueven en multitudes todo el día, toda la noche, con un calor insoportable, a veces, un sol que parece atacarte desde las entrañas de la tierra, donde nunca cesa esa especie de “barullo” permanente, donde la intimidad es escasa y la discreción no es preocupación para nadie. Pero la gente suele ser peculiarmente solidaria y gentil, aunque la gentileza y la hostilidad allí no tienen fronteras, ni límites posibles. ¿Cómo definir ese sitio del planeta donde el tiempo no parece transcurrir? A nadie le importa. Aquella ciudad ha sido protagonista fundamental de la historia de la nación, allí las razas se mezclan de manera peculiar y se recuerdan a los locos célebres que también forman parte de su historia. Es tierra de artistas, difícil de encontrar una familia que no haya dado un músico, un pintor, un bailarín o un actor. Luces y sombras, calles que se empinan y descienden, techumbres ennegrecidas, mar que se oculta para entrar a la ciudad como serpiente en acecho, montañas que te miran desde lo alto, cúpulas silenciosas que son testigos del vuelo de las palomas de la nocturnidad de los borrachos; miles de personas que no consiguen dormir una noche tranquila porque el calor hace charquitos entre la piel y la sábana; tomadores de ron y de café que van de un lado para el otro sin rumbo fijo en busca de algo, que tal vez, es la nada.

Así veo a Santiago de Cuba, esos son los santiagueros que aparecen en las novelas de José Soler Puig; un hombre que nació en 1916 para hacerse parte de la leyenda, la historia, la magia y los misterios que lo vieron nacer desde alguna de las lomas fatigantes que los santiagueros desafían cada día.

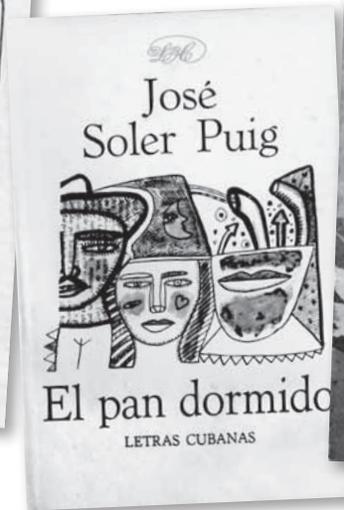
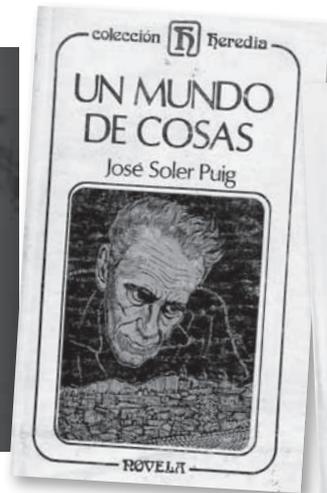
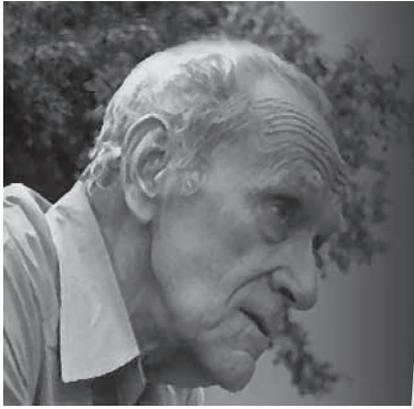
Hace cien años que Soler, como solíamos decirle quienes le conocimos de cerca, nació y se convirtió en parte de ese paisaje humano, allí creció y murió entre esa gente, escuchando con la agudeza del escritor genuino, el modo

peculiar del habla santiaguera, disfrutó del ¿encanto? de ese español atropellado, mutilado, muchas veces asesinado, y lo puso en boca de sus personajes con lo cual no sólo los dotó de universalidad, también de la sutil excelencia de su discurso literario. Soler fue, es parte de esa ciudad, como su accidentada geografía, como las paredes carcomidas por el tiempo y el abandono, como los tejados maltrechos, como la sinuosidad de sus calles, como el aire cálido, implacable a ratos, como el café de la esquina de Enramada y San Félix, como esas historias conmovedoras, que alguna vez escuchó en los parques, en las calles, en el bar, en una panadería, en sus visitas al barbero. Historias recreadas metafóricamente y llevadas al plano de lo épico; sus personajes inolvidables forman parte del andar y andar de los héroes y de los locos, que con frecuencia alternan: Aguacero, Chucha, Vitamina, El sargento; locos mansos, memorables, presentes en la memoria colectiva, porque con ellos, todo el mundo ha convivido alguna vez.

Hay en la obra de Soler Puig, legiones de conspiradores, trasnochadores eternos, filósofos de la cotidianidad, magos, consumidores de ese tiempo que parece siempre detenido entre el Parque Céspedes y la Plaza de Marte; entre el mar y la montaña, en el eterno sube y baja de sus calles, en los tambores que sacuden la tierra en la Placita de Santo Tomás o en el barrio de Los hoyos.

Soler es parte de las tradiciones que han hecho de Santiago un referente, un recuerdo que vive en los santiagueros ausentes, en los que alguna vez la habitamos y en quienes la visitan, pero no es la tierra de Jauja, ni mucho menos el paraíso, hay un Santiago feo, como diría el historiador Rafael Duarte, aun cuando se invoca una figura como José Soler Puig, un hombre que contribuyó a inmortalizar aquella ciudad oriental de Cuba. Como pocos, como nadie, quizá, Soler interpretó el espíritu del santiaguero, vivió y recreó lo hermoso y lo feo que transcurre en cada calle, en cada casa; sus argumentos son la historia cotidiana de la gente, sus temas están en cada rincón, en la alegría y las angustias de ese ser solidario en su esencia, sin dejar de ser el bullanguero de siempre y el de dudosa educación formal. Allá no saben vivir en silencio, han sufrido el rigor de los tiempos duros al ritmo del tambor y de la trova.

Se equivocan, no obstante, los que ven a soler como el escritor provinciano y confunden su vínculo con la ciudad y su gente con el provincialismo, en este caso, poco tiene que



ver la materia prima con la elaboración del producto. La grandeza literaria, narrativa, de Soler Puig, es totalmente distante de lo que podría interpretarse como localismo. Pocos escritores cubanos exhiben la universalidad que se encuentra en la obra de este escritor singular. No parto del hecho de que *Bertillón 166* haya sido traducida a 27 idiomas y que un pastor mongol le haya leído mientras seguía el paso breve de su rebaño, la obra en cuestión tiene una importancia capital para conocer las circunstancias y la atmósfera de un momento crucial de la historia de Cuba, pero literariamente el autor la superó con creces en varias de sus obras. Voy a referirme solamente a *El pan dormido*, una novela fundamental de las letras cubanas, un clásico de la literatura de Hispanoamérica, que nada tiene que envidiarle a los aportes grandiosos de los grandes del Boom. Aquí la provincia le jugó a Soler una mala pasada, aunque Mario Benedetti lo reconociera en su trabajo crítico y Ricardo Repilado, aquel sabio de la literatura, lo situara en su crítica como lo que realmente es: un clásico. En el campo intelectual, la provincia puede ser limitante que oculta las grandezas, que limita la expansión y que propicia el olvido. Nadie que la haya leído, sin embargo, podría dudar del alcance de la obra de este autor, es difícil que hayan borrado de su memoria la magnitud de aquellos personajes que conmueven y quedan en lo profundo de la memoria. El discurso narrativo de José Soler Puig goza de la perfección y la magia que sólo la literatura grande puede alcanzar. Era este hombre un obseso de la forma y el lenguaje, su esfuerzo por alcanzar la cima fue ejemplar; como ejercicio técnico, Soler pudo hacer la proeza de copiar a mano algunas de las obras de Thomas Mann.

Nadie que viera aquella figura quijotesca andando por Santiago: alto, delgado, con su cara larga sus ojos pequeños y su andar lento, detenido con frecuencia para recuperar el aire que le faltaba a sus pulmones, podría imaginarse que aquel hombre era una gloria de la literatura.

Ahora se cumplen los cien años de su nacimiento y uno lo puede recordar con orgullo y con cierta nostalgia al mismo

tiempo. Los jóvenes escritores de entonces buscábamos su magisterio, su asesoría y su modo implacable de juzgar lo que no servía, lo hacía con la misma severidad con que se juzgaba a sí mismo, porque para él era muy fácil decir que su obra no valía nada o en sentido contrario, y con aquella sonrisa irónica y voz asmática, declarar que era lo mejor del mundo. Eran tiempos en los que el escritor era una figura admirada y respetada por todo el mundo, su papel era reconocido, las casas editoriales le abrían puertas con gratitud al ingenio literario. Todavía a nivel global, las lecturas preferidas no eran las de facebook, no se les llamaba escritores a cualquiera que emborronara cuartillas, las editoriales no eran casas de mercadeo, se comportaban como instituciones culturales y se preocupaban por buscar y estimular el talento genuino. Todavía la “espiritualidad” no se había trasladado al mercado, a las plazas, al comercio implacable. Soler murió hace apenas veinte años. Yo lo recuerdo siempre, a Kety, a Rafaelito, a la inolvidable Chila; la casa del reparto sueño que tanto visitamos y ahora es un oleaje de nostalgia que invade la memoria y el corazón.

Volver sobre la grandeza de aquel hombre, cuyos guiones radiales fueron escuchados por millones de personas, cuya presencia en el teatro y el cine también aportaron a la cultura cubana mucho más de lo que la crítica ha reconocido, según aprecio, es un imperativo de quienes todavía sueñan y aman la dignidad de la palabra que se usa bien y se convierte en arte bueno. ☑

Rafael Carralero (Cuba, 1949). Escritor cubano, nacionalizado mexicano. En Cuba tuvo responsabilidades en el campo de la cultura, fue fundador de instituciones y proyectos de investigación y promoción cultural, como el Centro Juan Marinello. Fue también director de la revista *Temas* y dirigente de la Asociación de Escritores de Cuba de la UNEAC. Entre sus libros, cabe citar: *Con el ojo en la mira*, *Casa de Espejos*, *El Vuelo del Albatros* y *Leyendas de tierras extrañas*, *Episodio inconcluso*, *Tiro nocturno*, *Tiempo y amor sobre el golfo*, *Heredia: del verso nació la acción*, y *La otra asunción de la virgen*. En México preside la Asociación de Intercambio Cultural “José María Heredia” y el Comité Internacional para los Festivales del Caribe.